

Un cuento contado por un idiota

Seudónimo: Babieca

Yo solo existo merced a la huella
que usted deja sobre la mía.

Annie Ernaux, paráfrasis

Soy un joven inteligente, bastante guapo y con la suficiente riqueza como para no preocuparme por nada. Al menos, así lo era hasta ayer. Hoy no.

Incluso parecía destinado a convertirme en un buen escritor. No demasiado, pero apuntaba maneras. Uno de esos que, después de veinte o treinta años de trabajo, termina por dominar el oficio.

Y soltero, claro. Hoy no. No entiendo cómo me he transformado en esto que soy ahora. Para el médico de Urgencias es normal. Según él, estoy muy bien..., ¡para mi edad! Incluso ha tenido la desfachatez de confesar que a él también le ha sucedido. En su opinión, se trata del destino. ¡Vaya inepto! Más le hubiese valido meterse a cura o estudiar filosofía en lugar de medicina. Uno no va al médico para escuchar ese rollo de «Así es la vida».

En realidad, debo confesar que creo saber la causa de lo que ha ocurrido: ¡la culpa es de Shakespeare! Ayer, al acostarme, leí unas pocas páginas de *Macbeth* en inglés, por supuesto, ya que anoche conocía esa lengua a la perfección. En medio del fraseo delirante de las tres brujas —hablan de castañas, del dedo cortado de un marinero muerto y otras lindezas similares—, me quedé dormido. Soñé que despertaba, me ponía el bañador, cogía una toalla, el mismo libro y calzaba las chanclas. La puerta del bungalow, construido por entero en madera rústica, se abría a una playa de arena casi blanca, muy fina y templada por el sol del amanecer. Al verla, preferí descalzarme para marchar a pie desnudo hasta el cercano mar turquesa. Los dos islotes gemelos, a unos cien metros de la orilla, relucían como si Dios los hubiese creado esa misma mañana. Las aguas se oscurecían moradas hacia oriente. Reflexioné distraído: «¿El “vinoso ponto” de Homero? En tal caso, debo encontrarme en alguna isla griega o turca». Apenas pensar en ello, oí un rumor lejano proveniente del bosque

achaparrado que rodeaba la playa; semejaba un extraño ronquido de chicharras. «Grecia, seguro», concluí.

En la solitaria playa solo transcurría el trote incierto de un perro viejo y cojo que me adelantaba hacia el mar. Su rastro era difícil de interpretar: tres puntos y una raya. ¿La uve de victoria? ¿Qué victoria sería esa? ¿De quién? O, por el contrario, ¿acaso el augurio del nombre de una mujer misteriosa?: Victoria, Nike.

Sentía, al caminar, la emoción de atravesar un momento perfecto. Ese instante pleno en el cual se aplaca todo remordimiento y se convierte en superflua cualquier esperanza. Un aquí y ahora, sin por qué. El tibio talco arenoso se escurría placentero entre los dedos de los pies; era perceptible su disfrute al ser dispersado; por mi parte le correspondía con pisada cortés y delicada. La arena y yo confluíamos en la certeza de que la felicidad solo se encuentra en aquellas efímeras circunstancias en las que uno armoniza con el cosmos. Unidos a la luz, al canto y la caricia de ese viento que pintaba olas algodonosas en el mar antiguo; al tiempo que difundía por el aire el apetitoso, salado y complejo aroma de las barcas que descansaban escoradas en la arena; como, al cabo, haría yo mismo. En el sueño, una vez recostado en la tumbona, abría al azar el libro de Shakespeare y topaba con esta frase: «La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, que nada significa». ¿Sonido? ¿Furia? Mientras rumiaba en estas extrañas palabras, me adormecí otra vez.

El estridular de las chicharras me despertó. Descubrí, sobresaltado, a una mujer muy vieja de pie frente a mí. Estaba desnuda, salvo por la profusión de algas adheridas a su cuerpo. Se desprendía de ella un aroma mefistofélico de azufre ardido. Sin pretenderlo entoné: «Ni todos los perfumes de Arabia quitarán el olor...», también *Macbeth*, pero de Verdi. La anciana me miraba con persistente lascivia. Después de un prolongado e incómodo silencio, decidí tomar la iniciativa:

—¡Buenos días! ¡*Kalimera!* ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Habla español? ¿*Do you speak English?*

—Sí, puedes: ¡cásate conmigo! —respondió.

—¡Ja, ja, ja! —reí temerario, inconsciente.

Claro, así parezco un estúpido o un pedante. Pero, por favor, pongámonos en situación: a un lado, un adonis de veinte años, metro noventa de envergadura

y setenta kilos de puro músculo. Abundante melena castaña, ojos verdes y dorada piel lampiña; además, mimado por las musas, no lo olvidemos. Al otro, una mujer de unos ochenta años, escaso metro y medio de estatura, y un cuerpo en ruinas que solo la piedad me impide describir. Con el esfuerzo que había invertido en mantenerme a distancia de las cazafortunas más hábiles y hermosas de mi entorno, ¿iba a casarme con ese despojo?

La mujer no respondió. Me atravesó con una mirada llena de ira, me dio la espalda y, con una cojera que recordaba a la del perro, marchó hacia el mar. Su paso dejaba en la arena un punto y una raya. ¿La letra a? ¿Alfa? ¿Un nuevo comienzo? Al llegar al agua se adentró en ella y desapareció. Un par de minutos después, salté de la tumbona y nadé veloz hasta el último lugar en el que la vi hundirse. Me sumergí para rescatarla. Las aguas cristalinas no escondían ningún secreto: no había vieja a la vista. Solo vi algunas algas y unos pocos peces pequeños. Emergí en busca de aire y no supe qué hacer: ella no estaba ahí. Comencé a nadar de regreso a la costa, pero en seguida comprendí que algo iba mal: a pesar de mis vigorosas brazadas, ¡no avanzaba! Adiviné, antes de sentirlo, el abrazo poderoso de unas algas que me sujetaban las piernas y me succionaban hacia el fondo. Sin poder evitarlo, ¡me hundí! Mientras tanto, sonaba el estridente y desesperado concierto de las chicharras.

—¡Imbécil! ¡Despierta! —chillaba mientras me sacudía con fuerza—. Con semejantes ronquidos, no me dejas dormir y despertarás a los niños.

—¿Ronquidos? ¿Niños? ¿Quién es usted, señora? —le pregunté.

—¡No te chincha...! Ahora el tío ni me reconoce. ¡Dios mío! ¿Por qué me habré casado, así de joven y bella, con este vejstorio? Vale que escribas tus relatos con faltas de ortografía, verbos desorientados y puntuación errática. Vale que pierdas las llaves todo el tiempo. Pero que no reconozcas a Verónica, tu santa mujer, ya es el colmo. A ver cuándo se produce, ¡de una maldita vez!, una baja en el geriátrico. Esto no se puede aguantar. Después de tantos años, lo merezco.

—Señora, ¿quiere usted ingresar en el geriátrico?

—¡No, idiota! La plaza es para ti.